

# barullo

En Rosario, el ruido de la cultura

NÚMERO 21  
AÑO IV

Junio - Julio 2022

ROSARIO \$550

Sebastián Vargas

CEMENTERIO  
DE GRANADERO  
BAIGORRIA  
**LAS TUMBAS  
OLVIDADAS**

PEPE GRIMOLIZZI  
**DETRÁS DE ESCENA**

## CRÓNICA GRINGA

A LOS 76 AÑOS, JORGE ISAÍAS ACEPTA EL DESAFÍO DE BARULLO DE DEFINIR SU VASTA OBRA POÉTICA, NARRATIVA Y ENSAYÍSTICA, TRADUCIDA A VARIOS IDIOMAS Y CONSTITUIDA POR CASI MEDIO CENTENAR DE LIBROS. "COMO DECÍA HAROLDO CONTI, SOY ESCRITOR CUANDO ESCRIBO, DESPUÉS ME GUSTA PERDERME ENTRE LA GENTE", DICE A MODO DE DEFINICIÓN



Escaneá para conocer más.

PERFIL DIGITAL



# ¡RECARGÁ TU MOVI ONLINE!

Incorporamos una nueva opción de recarga virtual de la tarjeta Movi **con cualquier tarjeta de crédito o débito a través del Perfil Digital de [www.rosario.gob.ar](http://www.rosario.gob.ar).**

Ingresa a la página y cargá saldo de la forma más fácil.

#HacemosNuestraParte



Municipalidad  
de Rosario

STAFF

**barullo**

---

**Director fundador**

Horacio Vargas

---

**Directores asociados**

Sebastián Riestra

Perico Pérez

---

**Colaboran en este número**

Guillermo Paniaga

Alicia Salinas

Evelyn Arach

Edgardo Pérez Castillo

Miguel Roig

Juan Aguzzi

Betty Jouve

Sofía López King

Agustín Vidal Valls

---

**Editor de fotografía**

Sebastián Vargas

---

**Diagramación**

Fabiana Colovini

---

**Editor Web**

Agustín V. Hoffmann

---

**Seguinos en**

[www.barullo.com.ar](http://www.barullo.com.ar)

[@revistabarullo](https://www.facebook.com/revistabarullo)

[revista\\_barullo](https://www.instagram.com/revista_barullo)

[@barullorevista](https://www.twitter.com/barullorevista)

---

**Contacto**

[barullorevista@gmail.com](mailto:barullorevista@gmail.com)

---

**Distribuye**

Homo Sapiens Ediciones

Sarmiento 825, Rosario

---

**Imprimió**

UNR Editora

Urquiza 2050, planta baja,

Rosario

[contactounreditora@gmail.com](mailto:contactounreditora@gmail.com)

---

**Editor responsable**

Horacio Vargas

Registro de la propiedad

intelectual: 3055388

# Don Giandomenico

Por **Fito Páez (\*)**

“Una vez, en mis ansias de independencia de aquella casa de calle Balcarce, en Rosario, dije: «Voy a trabajar, me voy a ganar mi dinero, y voy a ser independiente. No me importa nada, voy a trabajar». Entonces tenía un compañero, su apellido era Giandomenico y tocaba la batería muy bien, y terminando la secundaria me dice, «mi papá tiene una pollería». Era la pollería más grande de Rosario y quedaba cerca de la Facultad de Medicina, me dice, «vení, que mi viejo necesita un asistente». Okey, fui con todas mis ínfulas de joven que busca una independencia, y me recibe don Giandomenico a las 7:30 de la mañana, y me dice, «abrimos en media hora, ponete este delantal», me da un pollo y me dice, «Ponete un guante, tenés que hacer esto», él se pone un guante y me muestra cómo mete la mano dentro del animal, y saca las tripas, saca todo eso, el menudo. Y yo casi que vomito en aquel momento. Entonces esa mañana, yo estaba aterrorizado de que llegara alguna vecina a pedir un pollo sin el menudo; y llegaron tres vecinas que querían un pollo con el menudo afuera, en una bolsa, y fue lo que hice en esa mañana. Entonces, salí de allí espantado, horrorizado; mientras me sacaba el delantal y se lo dejaba a don Giandomenico, me dije a mí mismo, «nunca más en mi vida voy a trabajar». Y he sido fiel a esa consigna hasta el día de hoy aquí, enfrente tuyo (risas)”.

*(\*) Fragmento de la entrevista dada a la revista Rolling Stone.*

AMBOS MUNDOS

# La imaginación es una piedra que rueda

Por  
Miguel  
Roig

No sé si los Rolling Stones tocaron alguna vez en Rosario. Sí sé, por Horacio Vargas, que Bill Evans actuó en El Círculo y que no eran más de doscientas personas. También sé, porque los vi, que los Rolling Stones actuaron en Madrid. Mick Jagger y Keith Richards, con 78 años en las alas, y Ronnie Wood, apenas dos años más joven, hicieron acto de presencia en un estadio colmado de gente, donde, seguramente, más de la mitad del público no había nacido cuando dieron aquí el primer concierto, en el antiguo estadio del Atlético de Madrid, en 1982.

Menos parafernalia que otras veces, un ritmo más pausado, pero no menos eléctrico, la imagen de Charlie Watts en las pantallas como maestro de ceremonias del concierto y todo el vendaval de canciones. Jagger tiene el cuerpo de un dummy elástico con la cabeza de un Golem. Corre, brinca, baila, salta y los 220 voltios no lo abandonan nunca. De todos modos, la misa tiene un punto irreal, porque no es de este mundo lo que sucede arriba del escenario y cobra sentido solo cuando te das cuenta de que son ellos, los Rolling, quienes han venido a ver el show de 45 mil personas que rompen la gravedad. Es el único modo de creer que lo que estás viendo no es producto de tu imaginación. Después de publicar Cien años de soledad, García Márquez se quejaba de que el éxito le había arrebatado el tiempo para lo único que le interesaba: “Las canciones de los Rolling Stones, la Revolución Cubana y cuatro amigos”. Curiosamente, más de cinco décadas después solo sobreviven dos correlatos de entonces: el grupo inglés y el sistema cubano.

Pete Townshend ya no rompe guitarras y solo quedan algunas piedras del Muro de Berlín que se venden en Amazon. Pero los Stones ruedan y la Revolución Cubana se sigue narrando aún, cada día, en el Granma.

El crítico Iván de la Nuez, en su libro *Fantasia roja*, describe la famosa fotografía que Alberto Díaz Gutiérrez, Korda, le hizo a Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir y el Che. En la imagen, tomada en el despacho de Guevara, este le da fuego a Sartre, que empuña un habano ante la mirada complaciente de Beauvoir. De la Nuez sugiere que en esa escena Guevara le ofrece a Sartre el fuego de la revolución y también advierte que la fotografía fue tomada en plena noche y que a Sartre le llama la atención el insomnio de Guevara. “En aquel despacho no entra la noche”, escribirá Sartre.

Tiempo después, en París, el filósofo respaldará al movimiento del sesenta y acompañará a su líder, Daniel Cohn-Bendit. Sartre había dicho en Cuba: “La originalidad de la Revolución consiste en ir directamente a hacer lo que hay que hacer, sin tratar de definirlo mediante una ideología previa”. Cohn-Bendit parece haber seguido al pie de la letra esta reflexión ya que muchos años después declina pedir, como en mayo del 68, lo imposible y apela a la responsabilidad desde su escaño en el Parlamento Europeo. Tampoco reclama la imaginación al poder: apoya a Macron.

En el documental *Stones in Exile* se puede ver cómo los Rolling Stones crearon y grabaron el legendario disco *Exile on Main St.* Todo se condensa en una villa de la Costa Azul alquilada por Richards, que impone su estilo de trabajo: improvisación total en medio de todo tipo de excesos. Es ahí donde nace el eslogan “Sexo, drogas y rock & roll”. Improvisaban durante días y días hasta que, de repente, todo convergía y los temas iban surgiendo. Jagger acató con desgana el método de Richards. “La grabación se convirtió en algo perjudicial para el grupo”, se queja Jagger. La lectura de Richards fue esta: “Mick necesita saber qué va a hacer mañana. Yo estoy contento con levantarme y mirar quién anda alrededor. Mick es rock, yo soy roll.”

Los Rolling tocaron en La Habana en 2016. ¿En Rosario? No aparecen en You Tube. Sin embargo, yo vi a Queen en Central en 1981 y solo encuentro videos de Vélez Sarsfield y del estadio de Mar del Plata. ¿Lo estaré imaginando? ¿Inventa Vargas el concierto de Bill Evans? Sin duda, no. Debemos ser roll. Como el Che: lo único de él que fue rock es la casa de calle Mitre.



# Lotería de Santa Fe

---

El compromiso nos une.

JORGE ISAÍAS

# “No puedo escribir de lo que no conozco”

Aunque es una de las leyendas vivas de la poesía de Rosario, su obra gira en torno a los espacios rurales y su pueblo, Los Quirquinchos. Marcado a fondo por el gran José Pedroni, también incurre con éxito en la prosa narrativa. Sencillo y campechano, y con su eterna boina, el “Turco” se confesó ante BARULLO, y hasta contó que ya no le gusta un libro suyo porque lo ve “machista”

Por **Alicia Salinas**

Fotos: **Sebastián Vargas**

A punto de cumplir 76 años, Jorge Isaías acepta el desafío de BARULLO de definir su vasta obra poética, narrativa y ensayística, traducida a varios idiomas y constituida por casi medio centenar de libros. “Una misma música con variaciones, la vida de un hombre”, apunta, tomando prestado el título de la poesía completa de Giuseppe Ungaretti, *Vita d'un uomo*. Con un ojo siempre en el pueblo natal de Los Quirquinchos, el galvense José Pedroni como padre putativo y la lírica como la primera expresión de su literatura, el prolífico autor repasa “la



vida que uno pudo transitar” y de allí fluyen no solo los hilos de sus distintas etapas creativas sino incluso confesiones y primicias, mientras la música sigue sonando. Apodado *Turco*, pero en rigor de familia con raíces en Piamonte y los Abruzos, nació y creció en un entorno rural a dos horas al sur de Rosario, ciudad en la que se instaló desde los 17 años. Aquí fue donde en definitiva residió más tiempo, aunque el paisaje de la llanura es uno de sus espacios por excelencia. Los abuelos eran analfabetos y el padre el único de los ocho hermanos



que asistió por doce meses a la escuela, la que debió abandonar por mandato para sumarse a trabajar en el campo. En cambio cuando el pequeño Jorge empezó la primaria a los cinco años, su papá lo liberó de la obligación diaria de recoger maíz, faena que quedó relegada a los fines de semana. Poemas de su emblemática *Crónica gringa* reflejan esas jornadas en lo de María Paulini y Domingo Clerici, un matrimonio de arrendatarios italianos a los que el nene llamaba tíos y en cuyo hogar siempre le reservaban como regalo “gallinitas ampolla-

das de licores ambarinos”. Fue su jardín de infantes, una de las postales de la niñez inolvidable y siempre revisitada.

### **El poeta menos pensado**

“Yo no tenía ninguna característica para hacerme poeta, nada me acreditaba. En mi casa no había libros ni tradición, pero empecé a leer y era muy lector. Primero de historietas, después de libros del sindicato de obre-

ros rurales que estaba enfrente de la cancha del club Huracán. Como en el club no nos dejaban tomar agua porque decían que estaba contaminada, íbamos al gremio, donde había un aljibe. Ahí aprendí de reivindicaciones laborales, escuché por primera vez discutir sobre igualdad. Me quedaba mirando la pequeña biblioteca y un anarquista uruguayo —el nutriero del río Carcarañá Ramón Fernández— empezó a prestarme libros”, rememora Isaías. Este hombre rudo al que llamaban *el Oriental* forma parte junto a otros personajes extraídos de la piedra de la realidad de *Crónica gringa*, una obra que desde su lanzamiento en 1976 fue creciendo en cantidad de textos y tiradas hasta llegar a las seis ediciones. Su factura no hubiera sido posible sin el encuentro de este joven que cursó la carrera de Letras en la Universidad pública con otro santafesino descendiente de italianos, el poeta José Pedroni, al que sin embargo Isaías no cruzó en vida porque “llegó tarde” a su obra.

Al muchacho que se había instalado en Rosario en 1964, asiduo visitante y admirador de Juanele Ortiz junto a Juan José Saer, Hugo Gola y Paco Urondo, compañero de Angélica Gorodischer, Alma Maritano, Jorge Riestra y Carlos Piccioni, entre otros autores de la escena citadina, Los Quirquinchos le parecía un asunto insignificante o al menos no literario. Hasta que una compañera de la facultad le sugirió que escribiera acerca de ese terruño, a 20 kilómetros de Firmat, sobre el que departía con tanto fervor en reuniones de amigos. “Le dije que no tenía valor pero me retrucó que cuando contaba cosas de mi pueblo lo hacía con un gran entusiasmo. Me preguntó si lo conocía a Pedroni y me pasó un disquito que había sacado una cooperativa bancaria. Lo escuché y me encantó. Él me abrió las puertas para que yo hablara de mi pueblo, antes no me animaba. Fue mi maestro elegido: tomé su modelo y muchas de sus ideas. Seguí sus lineamientos con variaciones personales, mías”, insiste con locuacidad, los bigotes hirsutos y su característica boina negra calada.

Cuando por fin llegó la hora de la decisión, “hice un relevamiento grabador en mano: me fui a conversar con la gente grande de Los Quirquinchos sobre cómo había sido la inmigración”. También fue muy amigo de la viuda del autor de *Gracia plena* y *El pan nuestro*, doña Elena, y tras un trabajo de archivo publicó a través del área de Cultura de la provincia *Papeles inéditos de José Pedroni*, que incluye cartas y discursos y se

ubica en el campo de la investigación literaria. Es que también ha incursionado en el género del ensayo.

### De la poesía a la prosa

Isaías se había iniciado en la versificación alrededor de los 15 años, tras ser abandonado por su primera novia, leer *La amada inmóvil* de Amado Nervo, escribir frenéticamente como poseído y acto seguido desmayarse. Luego de semejante secuencia dramática, le presentó los textos a la bibliotecaria del pueblo y recibió de ella una respuesta sin dubitaciones: “Jorge, vos sos un poeta”. Recién en 1970 editaría su opera prima *La búsqueda incesante* en Córdoba y poco después, junto a sus pares Guillermo Colussi y Alejandro Pidello, fundó la mítica revista *La Cachimba*, que sacó diez números entre 1971 y 1974. Aquellos tiempos fecundos “no se me van nunca de la cabeza porque fue una época feliz, una época de amor, una época de entrega”. Además de libros, “la poesía me ha dado, como decía Urondo, los amigos más importantes”, advierte, y además de los nombrados cita a Rubén Sevlever, Héctor Píccoli, Raúl García Brarda, Concepción Bertone, Nora Hall, Elvio Gandolfo (la lista sigue y es extensa).

Según sus cálculos, el 80 por ciento de lo que lleva editado es prosa, a la que comenzó a explorar a principios de los años 90 —a poco de recibir el prestigioso premio provincial que lleva el nombre de su maestro José Pedroni y “gracias a Rosario/12”. “Cuando salió el diario, me llama Reynaldo Sietecase y me dice: «Nos interesa que escribas en la sección Contratapa, pero mirá que ahí no van las poesías». Acepté y me sentía con el compromiso de escribir. Primero publicaba mensualmente y me pagaban, después de dos años dejaron de hacerlo y yo planteé que si no me iban a pagar me dejaran publicar una vez por semana. Y así fue, lo cual además de darme un ejercicio, una práctica, fue como abrir el arcón de la memoria”, rememora sobre aquella experiencia que empezó con la máquina de escribir, pasó por los diskettes arrojados en el buzón de la redacción y terminó con el envío de las colaboraciones por mail.

“Algunos amigos creen que esos textos tienen mucho de poesía, otros con generosidad dicen que les hace acordar a Haroldo Conti, de quien soy un admirador a muerte de su literatura y de su accionar, de hecho cuando lo *chuparon* estaba en tratativas para poder conocerlo. Para (la escritora cordobesa) María Teresa





Andruetto son aguafuertes, yo los veo más como estampas. No los considero cuentos, aunque en algunos momentos es más intensa la narración”, explica con propiedad este licenciado y profesor superior en Letras, egresado de la UNR, que en los últimos diez años de su vida laboral ejerció la docencia en institutos terciarios.

Isaías asegura que “todo lo que escribía” se lo mandaba al poeta Raúl Gustavo Aguirre, creador y director de la revista Poesía Buenos Aires, quien a su vez todo lo leía y comentaba. En una de esas devoluciones, Aguirre le vaticinó: “Usted alguna vez va a escribir prosa”. Un viraje que también vivenciaron otros autores santafesinos, señala el Turco, como Juan José Saer, oriundo de Serodino, y Lermo Rafael Balbi, de Rafaela. En ese sentido, el gran narrador norteamericano William Faulkner solía postular que él mismo había arrancado con la poesía, la exigencia máxima de la lengua, y como fracasó pasó al cuento, y como también en ese terreno fracasó se dedicó a escribir novelas puesto que allí fracasaba menos. Siguiendo esta curiosa teoría del éxito, el de Los Quirquinchos cree que el género en el que menos tropieza es el poético y de hecho tras una indeseada

pausa expresiva durante la pandemia, lo que volvió a fluir –como en la adolescencia– fueron los versos.

### **Ars poética**

“Confieso que la pandemia me enmudeció, dejé de escribir no sé bien por qué. Me sentí muy angustiado. Una amiga me quería mandar al psicólogo y llegué a ir un par de veces: el tipo me retaba”, admite el escritor todoterreno, que hizo de la remembranza de la patria chica un leitmotiv aunque le cuesta autoperibirse como melancólico. “Ahora tengo entre 30 y 50 poemas nuevos que pueden ser buenos, que pueden ser un libro. No lo he pensado todavía, no sé si tendré el coraje y la paciencia de armarlo”, duda, y revela que para organizar sus libros se atiene al consejo de Pedroni, que sentenciaba: “Las perlas, juntas”. También desde la cabecera lo ilumina con su aura Juanele, “una influencia no sé si en mi obra pero sí en mi postura frente a la poesía, de despojamiento. Era alguien muy humilde, muy generoso, y como dijo Saer: donde estaba él, estaba la poesía”.



Si bien perdió la cuenta de cuántos libros publicó con exactitud a lo largo de cinco décadas, entre los preferidos elige *Crónica gringa* por el suceso que significó en su vida y en el público; *Las más rojas sandías del verano*, del que Mempo Giardinelli tomó textos para incorporar a manuales escolares, y *El sentir de la llanura*, acuñado por el sello Ciudad Gótica en 2014. De *Oficios de Abdul* (La Cachimba, 1975), que llegó a las tres ediciones, asegura que no volvería a escribirlo “porque he notado que es muy machista y yo me siento menos machista que hace 30 años, además de que tengo cuatro hijas mujeres”. En ese sentido recuerda críticamente la actitud de hostigamiento permanente de su padre hacia su madre, y la repudia.

De repente hace un alto y reflexiona con gravedad: “No sé si conviene que pongas que en la cuarentena dejé de escribir”. Y discurre sobre cuán honesto resulta admitir que a veces se produce y otras no, justamente porque el artista es un creador y no una máquina programada para la serialidad. Entonces (se) contesta: “Claro, como decía Haroldo Conti, soy escritor cuando escribo, después me gusta perderme entre la gente”. En ese sentido, confiesa que no po-

dría aunque se lo propusiera trabajar como escritor profesional o surrealista. “Una vez nos invitaron a la escuela Carrasco de Alberdi al Negro Fontanarrosa, a Angélica Gorodischer y a mí. Cuando me tocó el turno dije: «Yo no puedo escribir de lo que no conozco», y Angélica que venía inmediatamente después dijo: «Justamente yo escribo de lo que no conozco», se rió en la evocación de su amiga, que lo llamaba *gomía* o *Tigre* y lo incorporó como personaje en su emblemático *Trafalgar*.

Por lo pronto, apoyado en la formación *ad hoc* que le dieron en la infancia el campo, la cancha y el sindicato -“núcleos” a los que destaca privilegiadamente sobre la academia- continúa componiendo esa melodía con variaciones que definirá como “realismo lírico”, dispuesto a inventar una nueva corriente literaria si fuera necesario. En los últimos años publicó *Poesía elegida* (editorial Ramos Generales, 2020), con ilustraciones de Martha Greiner; *La camiseta celeste* (relatos, CR ediciones, 2021), y *Días de fútbol* (CG, 2021), cuyos derechos de autor donó al club Huracán de Los Quirquinchos.

Sí, la música de Isaías sigue sonando.



# Cámara de Senadores de la Provincia de Santa Fe

2022 | Bicentenario de la Bandera de la Provincia de Santa Fe  
| Las Malvinas son argentinas

*El concejo en tu escuela*

*un Concejo en Movimiento*

CONCEJO MUNICIPAL ROSARIO

\* CONCEJALAS Y CONCEJALES VISITAN TODAS LAS ESCUELAS

\* DISTRIBUYEN MATERIALES DIDÁCTICOS

\* DIALOGAN CON LA COMUNIDAD EDUCATIVA

## CUIDÁ TU SALUD Y LA DE LOS DEMÁS

ES MOMENTO DE HACER EL ESFUERZO PARA NO RETROCEDER



MANTENÉ LOS HÁBITOS DE HIGIENE



USÁ CUBREBOCA



RESPECTÁ DISTANCIAS



CÁMARA DE DIPUTADAS Y DIPUTADOS DE LA PROVINCIA DE SANTA FE

Para pher. nalia

Tienda de jazz | Bar americano



BEATRIZ VIGNOLI , ESCRITORA, POETA, PERIODISTA CULTURAL

## “Ahora sí, ahora me quieren”

Es ajena a la negociación: implacable y aguda, su obra —ya reconocida en la medida que lo merece— se construye al compás de su vida. Sin dejar de lado jamás un registro intenso, reivindica a fondo la primera persona y le cuenta a BARULLO su historia, en la que nada parece haber sido fácil

Por Evelyn Arach

Fotos: Andrés Macera

la indignación. No pierde el sentido del humor, tampoco el de pertenencia. Sabe que es parte de una generación de mujeres que pagó un precio alto cada vez que decidió alzar la voz. Y ella decidió. Contra todo oleaje.

*Tengo que recordar esto cuando haya muerto:  
entre la otra orilla  
y aquella otra orilla  
se tiende un puente en llamas.*

(...)

*Que la diferencia entre la partida y el arribo  
sea un incendio. (El suelo en llamas, del libro *Expreso*).*

Beatriz Vignoli tiene 57 años. Nació, creció y vive en Rosario. Y es considerada por la crítica especializada la poeta argentina más importante de este tiempo.

#### **-¿Cómo vivís ese reconocimiento?**

-No le doy mucha bola a esas cosas. Bah, sí. Las uso cuando tengo que pelear con un vecino (se ríe).

#### **-¿Por qué?**

-Porque temo que me paralice la producción. Cuando tu producción siempre partió desde luchar te pasa eso. En mi casa mi viejo me decía: "Callate loca". Entonces, cuando tu voz tiene que imponerse con ese viento en contra, cuando para poderte expresar necesitás una resistencia del otro, te acostumbrás a que todo sea difícil. Tenés que gritar o buscar la manera de que te escuchen por caminos alternativos. Siempre hay un obstáculo. Si yo tomo conciencia de que eso ya no es más así, de que ahora quieren saber qué pienso, enmudezco. Me pasa lo mismo con la plástica. Los pasteles al óleo son una herramienta hermosa porque cuesta mucho trazar una línea. El material se te resiste. No fluye. Y a mí me parece que la línea es más expresiva cuando de por medio hay resistencia. Tiene que ver con mi historia.

Beatriz es feminista y milita ese pensamiento. Escribió explícitamente sobre el goce sexual femenino mucho antes de que se convirtiera en un fenómeno de masas (*Es imposible pero podría mentirte*, 2012). Su último libro de poesía se llama *Expreso* y fue editado por Editorial Biblioteca. El título tiene múltiples acepciones. Expreso de expresar, ex preso como las presas políticas que nombra, expreso como el tren nocturno de los sueños que la obsesionan y a los que huye para situarse en otra dimensión, infinitamente más amable que este mundo desigual.

Su obra es parte de la colección *Poetas Argentinos* que interrumpió con botas y fuego la última dictadura militar. Los genocidas ordenaron quemar cientos de libros pertenecientes a la Biblioteca Constancio C. Vigil y des-

Beatriz Vignoli es una poeta indomable que sigue su propio palpito. Hace veinte años fue criticada por el uso de la "obscena primera persona". El tiempo le dio la razón. Y hoy dice que la voz propia es sagrada. "Sin voz no hay poesía", sentencia. Periodista, novelista y ganadora del mayor reconocimiento nacional como crítica de arte, cree en la confrontación como método para resolver conflictos.

Y no es una mera teoría. Una vez terminó detenida por pelearse a los gritos con un tipo. "Lo estaba puteando y en la siguiente escena me encuentro en una celda oscura", recuerda en un tono de voz que varía entre la risa y

aparecieron la editorial. Como respuesta a ese genocidio cultural, cuarenta años después a Francisco Urondo, Francisco Madariaga, Hugo Gola y Rodolfo Alonso le sigue el nombre de una mujer: Beatriz Vignoli.

**-La colección vuelve con voz de mujer, un signo de los tiempos...**

-Vuelve con una voz de mujer porque ya no podés pensar un proyecto revolucionario sin que el feminismo tome el mando, sin la participación activa y líder del feminismo. Y cuando digo feminismo digo transfeminismo, porque después de mí tendría que venir Fernando Noy y después de Noy tendría que venir Susy Shock en la colección. Tiene que estar la voz marica, hermafrodita.

**-¿A esos colectivos hoy no se les da un espacio real?**

-Es que nadie da nada. Son espacios que se toman.

**-¿Y vos cómo tomaste el espacio?**

-Rompiendo mucho las pelotas.

**-Pero existen un montón de críticas halagadoras sobre tu trabajo...**

-Ahora sí, ahora me quieren.

**-¿Te sentís parte de una generación de mujeres que por fin pueden elegir?**

-A ustedes les permiten elegir. Nosotras elegimos contra viento y marea. Muchas no han sobrevivido. Yo le tuve que decir a mi madre que si no me dejaban escribir me iba a suicidar.

**-¿Por qué no te dejaban escribir?**

-Porque no era un trabajo. Porque yo tenía que trabajar ocho horas en una fotocopiadora, ¿cómo iba a hacer otra cosa? Nosotras, las mujeres de mi generación, luchamos a muerte por nuestro deseo. Algunas murieron y otras conseguimos lo que queríamos. Si luchás a muerte por tu deseo solamente te caben dos posibilidades: o morís peleando o terminás consiguiendo lo que querés. Las dos son tremendamente dignas. Y en ninguna hay cobardía. Conozco mujeres que han vivido miserias espantosas.

*“Algunas chicas en mi barrio en los años cincuenta, sesenta quedaban embarazadas y se suicidaban”, susurra ella en el centro del estallido inmóvil.*  
(...)

*Su mano sanadora extiende todos los dedos para abarcar la inmensidad de la vergüenza de las que se atrevían a maternar en soledad. “¿Y ninguna abortaba?”. “Eso todavía no existía”.*  
(Fragmento de *Las Ofelias y las Noras*)

El poema nace de un encuentro muy profundo con Mabel Temporelli, ex presa política y artista plástica. Autora de una obra muy potente que trabaja con el fuego, quemando tramas textiles con hierro. Cuando Mabel estuvo detenida desaparecida se enteró de que su mejor amiga había sido asesinada por la patota de Feced y el cuerpo tenía huellas de violencia. “En el poema intento transmitir la serenidad con la que ella contaba ese horror”, dice Beatriz. Y las palabras, parcas, caen como cuchillos afilados.

**-El texto habla de su historia pero es representativa de otras.**

*-De prisión en prisión se iba la vida, y la rebeldía terminaba arrojada / a los arrabales de la muerte ...* Mabel me cuenta que en su adolescencia también era una presidiaria porque la tenían toda la tarde del domingo planchando las camisas del padre obrero. Fue una generación de mujeres muy oprimidas porque fueron las que empezaron a ver la posibilidad de la libertad. Empezó a materializarse la emancipación como algo posible. Mabel en sus obras quema los vestidos de novia, que simbolizan el mandato de casarse virgen

Ambas se conocieron durante una exposición en el Museo de la Memoria en 2016. Beatriz, a instancias del curador Hernán Camoletto, eligió once de los sueños nocturnos que escribe a diario. Los resumió en pequeños textos. En uno aparece un grupo de chicas en una pensión donde las paredes estaban pintadas de azul claro, plomizo. Mujeres muy jóvenes y a la vez muy maduras.

Durante la exposición, Mabel se acercó asombrada y le dijo: “Las paredes en Devoto eran azules”. La cárcel de Devoto, uno de los chupaderos genocidas. “Sentí que el sueño fue premonitorio de ese encuentro”, cuenta Vignoli, hondamente convencida.

**Los sueños**

*Sobrevolamos las casas donde se duerme.  
Maniqués iluminados como fantasmas.*  
(...)

*No somos nada sin el ferrocarril nocturno del sueño*  
(Expreso)

Beatriz dirige el taller multicultural de escritura de sueño. Lleva un diario en el que anota lo que recuerda al despertar. Se dispone a dormir como quien se prepara para un viaje único. ¿Porque la vida puede volverse insoportable? ¿Porque hay un mundo desconocido que ella ha conquistado? Su respuesta es sim-



ple y honda. Como para todo, Beatriz tiene palabras precisas.

“El sueño es la fuga de esta dimensión a otra dimensión. Lo importante no es de qué me escapo sino adónde me escapo. Porque si solamente pensás de dónde te estás yendo no llegás a ningún lado. Morís en el intento”, dispara.

**-¿Y el plano de los sueños qué significa para vos?**

-Una experiencia. Encuentros. Un espacio. Eso no se puede plantear dogmáticamente. Hay que experimentar. No es un planteo religioso. Por eso hay talleres. En el trabajo con eso que soñé aparece lo que tenga que aparecer.

Los sueños signaron la vida de Vignoli. El 23 de enero de 1976 falleció su abuelo materno, el escultor Erminio Blotta. Aunque sus obras ya formaban parte de los paseos más importantes de Rosario, Blotta murió en el olvido. Y a Beatriz le llega esa amargura como propia.

Esa misma noche sueña que su abuelo está muerto so-

bre una reposera en el patio de la casa donde lo velaron y cada cierta cantidad de horas ella debe darle una pastilla a pedido de la familia, para que no despierte y descansa en paz.

“A la hora de elegir una carrera yo elijo Bellas Artes, no porque tuviera un especial talento, sino por el mandato ancestral de ese abuelo que muere injustamente poco reconocido. A una edad muy temprana tomo la decisión de intervenir para hacerle justicia al ancestro, para aplacar”, admite.

Cada 23 de enero Vignoli publicará en uno o varios diarios una reseña recordando la obra de Blotta: cada escultura, cada piedra moldeada minuciosamente por él. Construirá con palabras una huella que birla el olvido.

### **La rebeldía**

Vignoli dice que todo lo que hizo en su vida fue visceral. Todo lo que hizo en la poesía, en cambio, fue premeditado. Y así, con poco más de treinta años se transformó en una rupturista que usaba “la obscena primera persona”

con desparpajo, con lirismo. Sabiendo que sería criticada por el movimiento objetivista que mantenía los sentimientos a raya y despreciaba la singularidad de una voz propia.

-La voz es el alma vibrando y haciendo vibrar. Sin voz no hay poesía. Y la voz no puede sino ser individual. Todo lo demás puede ser colectivo. Pero la voz es esa esquirola de la totalidad que se expresa singularmente como alma individual. Y eso es sagrado. De eso no hay modo de que la poesía logre prescindir y yo no quiero que la poesía prescindiera de eso. Es lo vital, es la fibra viva. Es lo que la diferencia de todos los otros géneros literarios. La voz poética es inmediata al alma y al cuerpo. Es tu ser, tu existir expandiendo su extensión. Pero para los objetivistas más duros yo quedo como una burguesa.

**-Confunden voz propia con individualismo.**

-Yo planteo el individualismo, pero no el burgués. Es para revisar la ecuación individualismo burgués. Se puede denunciar la explotación desde una voz singular. La voz poética tiene que acompañar los movimientos colectivos, los cuerpos y las cuerposas en el espacio público.

**-En uno de los poemas de *Expreso* usás la palabra cuerpo.**

-En ese poema estaba describiendo a una bailarina transexual. Surge de una experiencia en una performance en la galería Desmayo donde el artista pinta con el cuerpo mientras baila con una chica llamada Beige, que es tan femenina y a la vez tiene una energía andrógina, hermafrodita. Es un cuerpo que había elegido feminizarse. Que hizo el trabajo de volverse mujer. Entonces sentí que me quedaba corta si decía cuerpo. Ahí hay una cuerpoa.

*La rubia es un sol verde, rosado y blanco ahora.  
Su cuerpoa de pie parece una frase  
describiendo el cielo del alba.*

Beatriz dice cuerpoa sin pedir permiso. Como a principios del siglo XXI se convertía en una terrorista de las formas aceptadas. Los detalles de aquella planificación son claros. En 1986 publicó *Almagro*, un libro “obedientemente objetivista” que dejaba a un lado el punk y el rock de su primera poesía.

“La idea era escribir un libro que fuese aceptado por la crítica, para después poder romper en el segundo. A *Almagro* le va muy bien. Luego rompo con *Soliloquios*, cuyos poemas habían empezado a salir en revistas desde 1999”, cuenta.

Cada texto de esa obra consiste en darle voz a un personaje que en su contexto original no la tuvo. Sea

literario, cinematográfico o histórico. Una voz lírica enmascarada bajo la erudición de un mapa de lecturas, un sistema cultural de referencias.

El otro libro rupturista es *Viernes*, publicado en octubre de 2001. Allí aparece el poema *La caída*. Causalmente el gobierno de Fernando de la Rúa finaliza abruptamente en diciembre de ese año en medio de una catástrofe económica y social. Y la gente empieza a sentir ese texto como propio. “Fue el momento preciso. Eso sí fue una sincronización, una consecuencia significativa no causal. Llega con una voz muy fuerte, honesta. Y es muy en primera persona”, detalla la autora.

*Si te dicen que caí  
es que caí.*

*Verticalmente.*

*Y con horizontales resultados.*

*Soy, del ángulo recto  
solamente los lados.*

*Ignoro el arte ornamental del héroe  
que hace que su caer se luzca como un salto.*

Vignoli recuerda que para saltar de un barco hay que hacerlo en el momento justo. Si es muy temprano, se considera deslealtad y al que huye le disparan. Si es demasiado tarde, solo es posible hundirse. Su arrojito poético coincidió con *Derrumbe* de Daniel Guebel y *El giro autobiográfico*, de Alberto Giordano. El talento, la corazonada y el contexto histórico se conjugaron a su favor.

“La aceptación de una voz femenina en la poesía es reciente”, señala. Pero lejos de detenerse en el reconocimiento y la consagración, la escritora avanza. Proyecta. Permanece en una búsqueda constante que la mantiene vigente. Viva.

**-Estudiaste Bellas Artes por un mandato familiar. ¿Te arrepentís de no haber seguido otra carrera?**

-No, porque estoy a tiempo. Lo puedo hacer. No veo la hora de jubilarme para estudiar una segunda carrera.

Vignoli compone, pinta, baila, escribe, brilla, encandila, vuelve a escribir. Sueña despierta y aguarda la noche como una pasajera en trance. Durante los días de plomo se transformó en un ser indescifrable, como hicieron sus amigos, que también hacían, cantaban o bailaban rock. “Generar en el dictador una vacilación nos permitió sobrevivir”, afirma. No ser encasillados, no dar pistas. Cuarenta años después, ella lo sigue siendo. Un ser indescifrable.



# La educación de las niñas

Por Betty Jouve

## I. Noche

La monjita habló del infierno en la clase de religión. De los vericuetos que hizo la santa para no caer en el pecado. De los sacrificios que desde pequeña ofreció al Señor hasta el último día de su joven vida, arrebatada a este mundo y a las tentaciones terrenas, para ocupar, de allí en más y por siempre, el palco principal en el paraíso de los cielos. Atrapados en el relato, los treinta y tres niños no escucharon la campana. La madre superiora se acercó al aula para ver qué ocurría que no salían a la formación. Ante semejante escena, felicitó a la maestra monja y a todo el grupo. Como recompensa podrían llevar la virgencita a la casa durante todo el mes.

...

Es de noche y una nena tiene miedo.

Se apagaron los ruidos de sus bochincheras hermanas. Todos en la casa duermen.

Los restos de aquel relato danzan entre sus sueños.

Faltan tres días para el domingo. Antes de la misa podrá confesarle al cura la trampa hecha a la amiga mientras jugaban a la escondida, el insulto dicho a la mañana y ese dolor de panza inventado a la hora de ir a la escuela.

Morirse así, en semejante estado de pecado, sería una verdadera tragedia.

Angustiada, llama a su madre, quien acude a consolarla con la palabra: “Esos no son pecados mortales, son pequeños pecaditos que no ameritan más que un paso por el purgatorio”. Su mano segura acaricia cabeza y alma. Puede dormir tranquila, pero pide que por favor no apaguen la luz. Piensa, en su inocencia, que la luz espantará a Satanás, por si viniera a buscarla.

Mañana será otro día de escuela. Firme en su puesto la esperará la monjita, para seguir templando el carácter de las mansas criaturas con historias ejemplares.

## II. La biblioteca

La biblioteca de la escuela tenía muchísimos ejemplares. *Mujercitas*, *Hombrecitos*, *La cabaña del tío Tom*, *Corazón*, *Las aventuras de Tom Sawyer*, *Alicia en el País de las Maravillas*. Esos eran algunos de los títulos que brillaban tras las vitrinas, las más altas, perfectamente acomodados en prolijas hileras.

La nena entró, por primera vez, contenta a ese lugar. La maestra le había explicado que podría llevar un libro a su casa y a la semana siguiente, devolverlo.

La monjita bibliotecaria la recibió amablemente.

“Quiero el libro que está allá arriba, ese amarillo de aventuras”, decía mientras señalaba con el dedo.

La monjita se mostró consternada. Debía subir la escalera para alcanzarlo, y le dolía tanto la cintura... Pero repentinamente cambió la expresión de su rostro afligido por una sonrisa confiada y le recomendó el de la vida de Santa Joaquina. Estaba ahí nomás, en el primer estante, y además tenía dibujos. Le mostró las ilustraciones donde se podía ver a la santa de pequeña secando su vestidito al sol, ya que no aceptaba ninguna mácula en sus ropas, pues eran símbolo de pecado. Siempre limpia, cual propaganda de Ala.

La nena dudó. La monja era bastante mayor, le dolía la cintura, la escalera parecía peligrosa. Primó la virtud cristiana de la compasión, y así fue como resignó las maravillas de Alicia a favor de la vida de Joaquina.

Una vez en su casa, el libre albedrío pudo más. Dejó el libro sobre la mesa de la cocina y se fue a trepar a los árboles de la vereda de su casa.

A la semana siguiente subió a la biblioteca para devolver el ejemplar no leído.

La monjita le preguntó qué le había parecido. “Me gustó, está lindo”, dijo ruborizada.

Era viernes, por suerte faltaba poco para que llegara el domingo.

“SURFEANDO EL CIELO” DE MARIANA WENGER

# Ayúdame a mirar

Por Agustín Vidal Valls

“Surfeando el cielo” es el último largometraje documental dirigido y producido por Mariana Wenger. La película ha obtenido ya tres distinciones en festivales internacionales.

Fiel a su estilo, Wenger nos muestra su permanente compromiso con temas como la discriminación, la inclusión y la discapacidad. Con su particular forma de sentir hace visible lo que a muchos de nosotros nos cuesta percibir, llegando así hasta nuestras fibras más íntimas. Este filme solo pudo hacerse desde su particular visión, diferente al común denominador, que le permite ver y sentir con el otro desde su alma sensible. El dolor y la alegría vibran a flor de piel, estallando en cada uno de sus poros. Sin ello esta película no hubiera sido posible.

La vida de Georgina Melatini y Pablo Martínez, surfistas adaptados, estuvo llena de claroscuros, dolores y alegrías. De caminos duros y difíciles. “Una ola me cambió la vida”, dice

Georgina en el documental. Entonces repentinamente todo se transformó. Competencias internacionales, medallas olímpicas; el claroscuro se volvió luz y el surf vida.

Fue filmada en escenarios naturales de Buzios, Mar del Plata, Santa Clara, Las Grutas y Puerto Madryn, donde el cuidado del mar fue la premisa.

La infaltable presencia de Eduardo Galeano y su eterna voz suena como la memoria, a la distancia, en un poema perfecto: *Ayúdame a mirar*, del *Libro de los abrazos*. Galeano siempre estuvo ligado a las realizaciones de Wenger (*Un arma peligrosa*, *Otros sentidos e Infancias perdidas*), cortos que obtuvieron múltiples premios

internacionales entre 2020 y 2022. También es para destacar la voz de Lilita Vitale en el conmovedor poema de Alberto Muñoz *Dibujo en el aire una ventana*.

Georgina padece de mielomeningocela, lo que le impide prácticamente la movilidad de sus piernas. Con la ayuda de su madre Alejandra Cuenca, crea la primera escuela de surf adaptado del país y hoy en Santa Clara dirige una segunda Escuela de Surf adaptado, “Santa Surf”. Pablo cuenta su experiencia de vida al perder la vista a los cinco años, padece en soledad su transitar y su angustia para alivianar el peso de su trance a sus padres. Es coach y escritor. Estudia filosofía. Ambos le hicieron un guiño a la vida.

“Si tenés un sueño, salí a buscarlo”, dice Georgina.

Un término lo encierra todo, resiliencia. Georgina y Pablo son dos luchadores, con toda la potencia que la palabra implica.



**Entender.**

Para saber dónde  
estás parado.

**LA CAPITAL**

Informarse y entender.

# La abandonada tierra de los muertos

Una crónica sobre el cementerio de Granadero Baigorria, donde la mirada del periodista se hermana con la sensibilidad y los recursos del escritor

Por **Guillermo Paniaga**

Tantas veces el amigo le había hablado del alivio que conseguía para sus días al concebirla como la última carta de albedrío y voluntad. A pesar de todas las miserias, de todos los fracasos, de todas las decepciones, podía elegir irse al mazo y seguir siendo, al fin y al cabo, el amo y señor de la partida, sin dioses en el medio que le obligaran al cómo, que le decidieran el cuándo; lo consideraba una rebelión y a la vez un poder. Decía que pensaba en la muerte para confirmarse en la vida. Y entonces encendía un cigarrillo, exhalaba y, junto con el humo, la ansiedad parecía dispersarse un poco, pero se quedaba agazapada en la tristeza fija del entrecejo, como una cicatriz vieja; permanecía siempre ahí, flotando en mitad de la mentira que por un rato la noqueaba.

El del cronista fue uno de los hombros que cargó el ataúd en el cementerio de Granadero Baigorria. No recuerda el camino que

hizo, hace diez años, desde el coche fúnebre y como entre nieblas. No sabe hoy cómo llegar a esa tumba. Ni le interesa. Ahí no hay nada más que huesos, no hay nadie. ¿Cuántos son los que mantienen los ritos de la muerte, las visitas con flores los domingos a la mañana? Los más viejos, tal vez. Pero ellos también se van mudando poco a poco al otro barrio y los más jóvenes, los que quedan, ni se enteran ni les importa que las tapas en las bóvedas de los padres se hayan roto cuando los ladrones arrancaron las placas de bronce, que las fotos de los abuelos estén blanqueadas e invisibles por efecto del sol y de las lluvias porque ya no queda un vidrio sano; da por sentada esa indiferencia como un nuevo orden revelado, aunque algunos rastros de generaciones más recientes visitando a sus muertos lo desmientan. El móvil de CD's pintados a mano que vio colgado en la rama de un árbol, por ejemplo; no tiene otra razón más que el prejuicioso sentido común

para pensarlos como la obra de alguien joven, en realidad, pero lo cree así. Y se dice que es una excepción que le confirma la regla.

En el cementerio de Baigorria también yacen los restos de sus abuelos, de algunos tíos. Pero no es por ellos que vuelve cada tanto. Piensa en ellos, ahí, y en el amigo, pero no va por ellos. Va porque al final del predio está el sector que guarda los sepulcros de los rufianes de la Zwi Migdal y de las madamas de Pichincha. Y va porque ahí, además de una parte de la historia de Rosario, hay huellas de su infancia.

Para entrar pide permiso al encargado del cementerio; le da un poco de charla, le dice que es periodista, que va a sacar fotos para una revista. Es mentira. O más bien una verdad que todavía no es del todo cierta. El cuidador le confía las llaves y una breve historia: el cementerio no estaba completamente abandonado; hasta hacía poco tiempo, una de las tumbas era visitada pe-



riódicamente por un anciano, un empresario que viajaba desde Córdoba. Se lo cuenta en voz baja, como un secreto. El hombre llegaba en un auto lujoso, dejaba la ofrenda para la memoria de su madre y luego devolvía las llaves y se iba; pero hace meses que el visitante no aparece, cree que él también debe de haber muerto ya.

En todos esos años ni se había imaginado que alguien pudiera seguir visitando a un familiar en ese cementerio que creía olvidado. Y hasta hacía un minuto no había concebido jamás la posibilidad de hablar con él; pero cuando se supo tan cerca, le apenó saber que ya nunca más podría hacerlo. Era el último testigo y lo perdí —piensa, mientras cruza Orsetti.

Ingresa por la puerta principal, la que da al norte, y mientras avanza intenta recordar dónde era que estaba la familia de su madre. De chico lo sabía perfectamente, jugaban carreras con su hermana desde la entrada hasta la bóveda; pero ahora no logra encontrarla. La de la familia de su padre es más fácil de ubicar, está justo a donde va, al lado de la puerta interna que da acceso al cementerio de la Zwi Migdal. Ahí se reencuentra con las imágenes de su abuela, de su abuelo, de sus tíos.

Abre el candado, entra y lo primero que ve es un caballo flaco y atorrante pastando entre las ruinas y los cipreses; parece un burro más que un caballo y aquella visión le hace pensar en los caminos de tierra hacia Comala, en los fantasmas de Rulfo y en los suyos ahí cerquita. Pero está solo. Nadie le habla.

Está solo.

Mira los árboles y atiende al silencio. De pibe le gustaba tirarse

en el camino central que nace en el portón siempre cerrado. Esa vereda divide en dos el predio; desde el portón, a la derecha, los sepulcros de los hombres. A la izquierda, las mujeres. Cada vez que iban con sus padres, casi cada domingo, mientras ellos acomodaban las flores, se colaba por entre las rejas para deambular solo y al fin recostarse

las palomas a los tesoros perdidos y al cementerio de las madamas. Ahora también oye a las torcazas. Camina hasta la vereda central y cierra los ojos; luego los abre y mira hacia arriba; de ninguna manera logra sentir nada parecido a lo que había sentido cuando era chico.

Es que ya está viejo.

Está solo y está viejo.

que, gracias a ella, los encargados de velar por la ley, cómplices de los rufianes, ya no pudieron amparar la prostitución y la trata. La Zwi Migdal finalmente se disolvió, pero ninguno de “los tenebrosos”, ni los jefes ni los subordinados, terminó entre rejas. El derrumbe llegó a Rosario y gran parte de la actividad prostibularia, de por sí mal vista por la socie-



en la vereda para mirar hacia arriba, hacia el extremo de los árboles, y escuchar desde bien abajo el arrullo melancólico de las torcazas. Sentía una especie de felicidad ahí tirado. La calma de los cementerios pero no de la muerte; era como un descubrir y ser consciente, entre lápidas, de toda la vida que tenía por delante. Por eso es que, como el canto de las chicharras al verano, asocia el de

Recorre lentamente las tumbas. Aún no lo sabe, no lo planea, pero en pocos días volverá participando de una visita guiada. Un grupo de actores representará la historia de las mujeres sometidas y los rufianes de Rosario; contarán sobre Raquel Liberman, cuya denuncia en Buenos Aires logró desenmascarar la organización nacida bajo la fachada de una asociación de socorros mutuos

dad y de pronto sin la protección de las autoridades, debió abandonar poco a poco Pichincha y trasladarse al todavía agreste Pueblo Paganini, donde finalmente los rufianes compraron los terrenos que destinarían para última morada de los muertos “impuros” que la colectividad rechazaba en sus cementerios.

La guía contará que Paganini pasaría a llamarse Granadero Bai-

gorria en 1950, cuando muchas de las localidades de la zona fueron rebautizadas con los nombres de los héroes de San Lorenzo. Y además, que la presencia de cipreses en la ornamentación de los cementerios, como en ese mismo, se debe en parte a los griegos, en parte a los cristianos. El mito griego cuenta que el joven Cipariso mató por error a un ciervo amaestrado al que amaba más que nada en el mundo y le pidió a Apolo que lo convirtiera en un árbol para poder llorarlo eternamente; el dios accedió y lo transformó en un ciprés, que desde entonces se consagra a los muertos como símbolo de la tristeza y el dolor. Para los romanos cristianos, sus formas ascendentes ayudaban a las almas a encontrar el camino del cielo, de la vida eterna y la resurrección, y por eso los plantaban junto a las tumbas. De chico no conocía nada de eso, ni le daba por pensar que allí, en ese pedazo de tierra, había polacos más que griegos o romanos y que ninguno era cristiano, pero igual se recostaba y miraba hacia lo alto como si entre los árboles se escondiera un secreto, como si allí hubiera algo más que el azul del cielo y a veces las nubes.

Muere de ganas ahora por tirarse ahí de nuevo, pero no lo hará, porque ya está grande y sabe que no va recuperar aquella felicidad que tuvo, que allá tampoco, en la punta de los cipreses, hay nada; y porque ya no soporta más muertes, aunque vengan de todas las ganas.

Recorre las ruinas del cementerio con respeto, en silencio. Mira las viejas fotos perforadas que de chico le parecían baleadas, las secuelas locales del nazismo y el odio al judío; de hecho era un mito corrien-

te, entre los que conocían el predio, que los ataques habían ocurrido en los años de la Segunda Gran Guerra. Pero el cuidador, al que le había contado este parecer, le explicó que los círculos eran por un hongo en las fotos que se las había ido comiendo poco a poco, que eran por el tiempo y no por las balas. Sin embargo el odio se percibe real en la destrucción con saña de los nichos que recordaba como hundidos en la tierra, enmohecidos, pero no vandalizados, como ahora. Dicen desde el municipio que trabajan en la restauración, en la recuperación del valor histórico del cementerio. Por eso las visitas guiadas, por ejemplo. Pero cada vez que vuelve, el cronista lo encuentra más devastado.

El caballo atorrante que pasta entre las tumbas lo mira cuando se asoma a la construcción del fondo, una galería que da paso a la habitación donde, sobre una mesa de mármol grabada con los signos del rito fúnebre del judaísmo, acicalaban a los muertos antes de llevarlos a la morada final. Recuerda la mesa, la recuerda intacta, recuerda lo tonto que le resultaba la idea de cortarle las uñas y el cabello a un muerto (porque con acicalar entendía eso, un corte de uñas y pelo). Hoy el mármol está destruido, como las tumbas. Durante la visita, la guía hará recorrer al grupo alrededor de lo que queda de la tabla de piedra. Y el cronista se sentirá Skinner en la oficina del gerente de la fábrica de cajas.

Ahora la puerta está cerrada, vuelve sobre sus pasos y el caballo deja de mirarlo, como si ya nada requiriera de su vigilancia. Le saca una foto, dos, cien. Y mientras dispara descubre en el borde del predio el único sepulcro sobre el cual

se acumulan decenas de piedras. La madre del empresario, deduce. Y por alguna razón le alegra el descubrimiento. Tu hijo no va a volver, piensa, como hablándole a la tumba; si existe un más allá, entonces ella lo debe de saber. Va a buscar una piedra y regresa. No sé quiénes —le dice—, pero alguien alguna vez te quiso. Deja la piedra junto con las otras y saben los dos que esa será la última.

¿De dónde viene la costumbre de dejar piedras en lugar de flores? Será porque las piedras no se pudren, no mueren; pero no mueren porque tampoco viven. De todos modos respeta la costumbre y la cumple como alguna vez hizo en las tumbas de Franz Kafka y de Max Brod, en Praga, en un cementerio aburrido, el más deslucido que conoció.

Y puesto a preguntarse sobre orígenes, ¿de dónde le viene al cronista la fascinación por los cementerios? Ya leyó los viajes de Mariana Enriquez, y no es el mismo placer del fetiche que le sospecha a ella. Tampoco son los muertos, ni la muerte.

No conoce tantos en el mundo, pero sí todos los de la zona, por supuesto los de Rosario, donde sintió tan incómodo y fuera de lugar, como el caballo en Baigorria, las edades que se leen en las cruces que pueblan el sector de pobres e indigentes de La Piedad, mayormente varones, pibes que no superan los veinte años; los juguetes y los adornos infantiles en las sepulturas del cementerio de Disidentes, porque ningún niño debería estar ahí; las enormes distancias sociales que aun después de la vida se perciben entre las fastuosas bóvedas rodeadas de mármoles y los nichos de pared abandonados a su suerte en El Salvador.

No son los muertos, ni es la muerte. No es el rito. Camina los cementerios, quizá, porque en ellos reconoce la historia que ahora solo existe en las fotos y las tumbas olvidadas; porque son un espejo de la arquitectura de cada época, de las aspiraciones, de las creencias de una ciudad que hoy poco a poco se destruye y se reconstruye a sí misma con las formas de un arcón para las muertes impensadas: las de cuerpos incendiados a la vera de los caminos, de madres ejecutadas, de bebés ametrallados, de chiquitos alcanzados por el plomo de una balacera. Cada muerte como una tabla para la gran caja, como las cuentas de un rosario ardiente. Tal vez sea por eso. No lo sabe en realidad, pero le gusta pensarlo así; le parece noble la empatía.

Sale del cementerio judío y cierra el candado. Mira las fotos de sus abuelos. Va a saludarlos y se dice que es una pelotudez, ahí no hay nadie. Pero al final traslada un beso sobre dos dedos que apoya en el cristal. Camina lento hacia la salida de Orsetti, va mirando a los lados con atención, intenta reconocer el sector donde está la familia de su madre o la tumba de su amigo. El día se torna tautológicamente gris y siente hondo una tristeza obligada por el frío y el plomo del cielo.

Busca y no encuentra. Le da bronca. Quisiera comprobar que todavía está la foto en blanco y negro de su abuelo materno. Y también sentarse delante del nicho del amigo para hablarle a nadie, por-

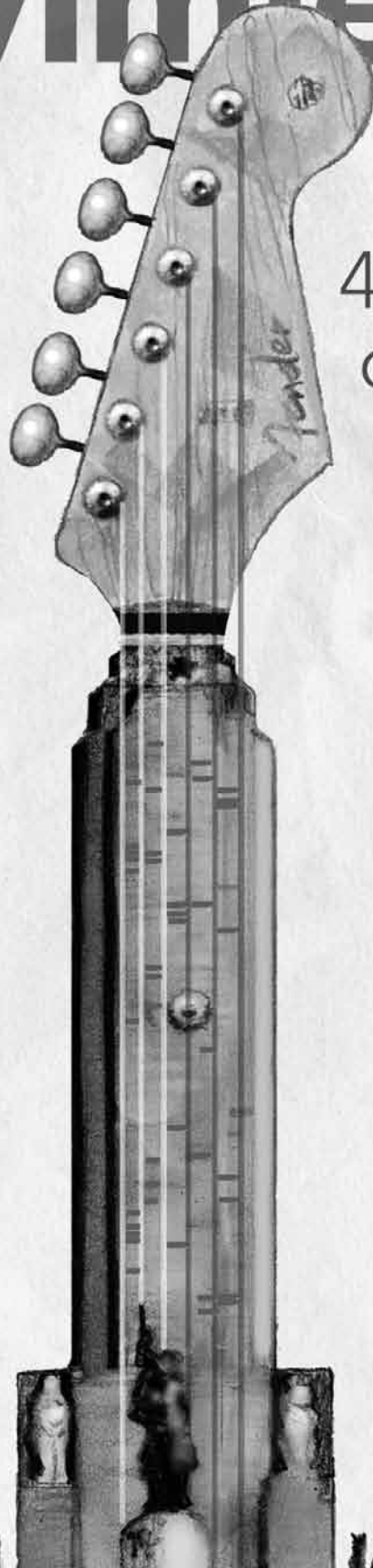
que él ahí no está; contarle del inmenso dolor de los que se quedan acá, de la trampa que encierra esa última carta de la voluntad, de las puteadas que le raja cada día a esa calma mentirosa y egoísta que a los desesperados les promete la nada; imagina las palabras y el modo de decirlas, creyendo que por fin podrá convencerlo como antes no pudo. Pero es inútil, no la ubica. Por qué la pena, se pregunta, si al fin y al cabo ahí no hay nadie.

Sale y cruza la calle, camina lento hasta la casa de la esquina. Que queden lindas esas fotos, le dice el cuidador cuando recibe de vuelta las llaves; sonríe y se frota las manos, parece contento, lleno de frío y de vida.





# Las cosas tienen movimiento



40 años  
de la Trova  
Rosarina

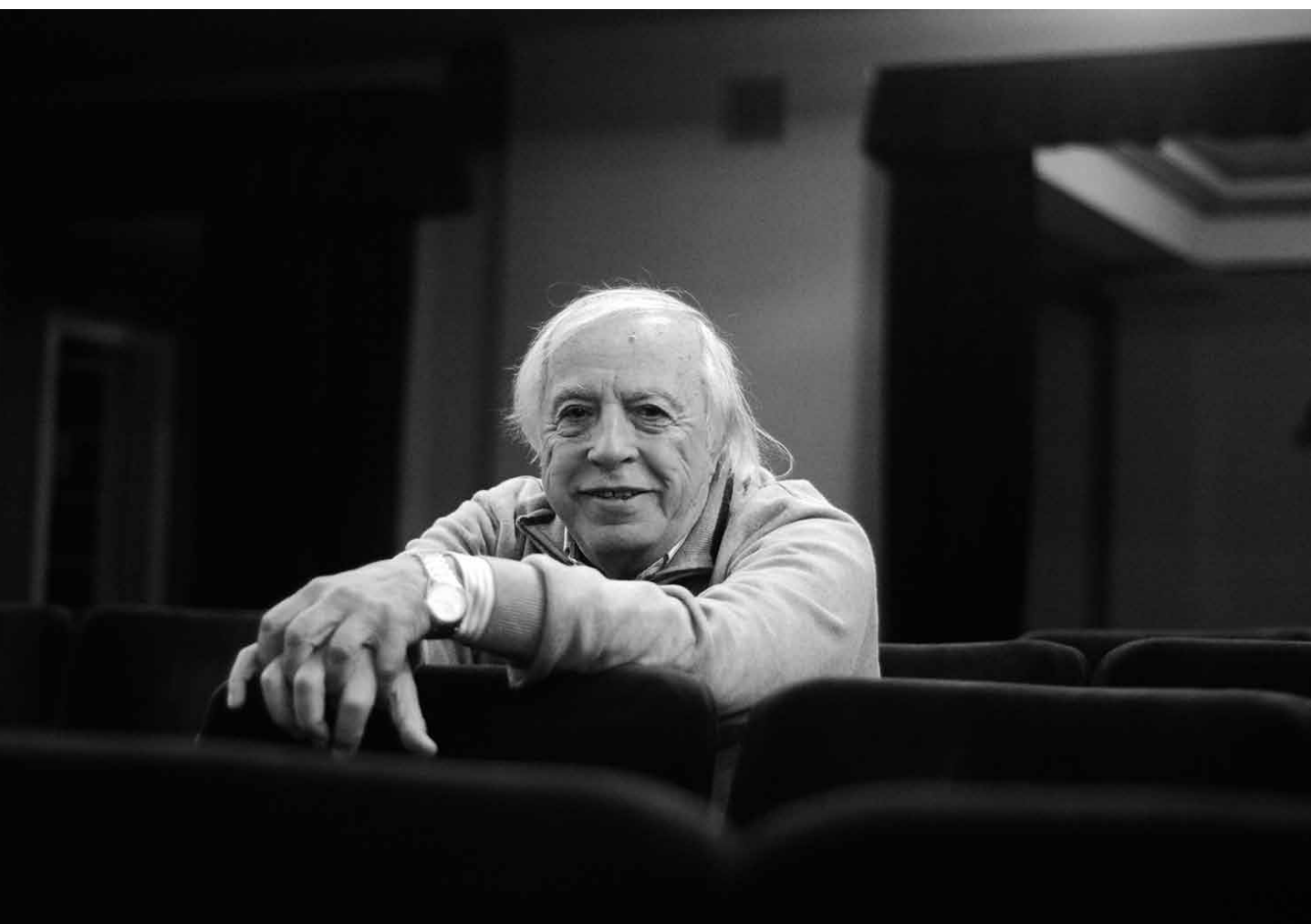
Santa Fe Cultura  
Ediciones

Compilador  
**Horacio Vargas**

JOSE "PEPE" GRIMOLIZZI

# “Debo ser el empresario que trabajó con más artistas, no solo en Rosario”

Está a punto de cumplir 82 años pero sigue dedicado a full a su tarea de productor de espectáculos. “Son más las cachetadas que los éxitos”, aclara. Recordó sus épocas de gloria en la sala Aureliano y pidió con énfasis por el Puerto de la Música



Por **Edgardo González Castillo**

Fotos **Sebastián Vargas**

Necesita tiempo para concretar sus planes José *Pepe* Grimolizzi, que a poco de cumplir 82 años todavía dedica buena parte de sus días a la labor de productor. “Me gusta seguir estando cerca de la cocina de los espectáculos”, justifica con sencillez el empresario artístico distinguido de la ciudad de Rosario, que intenta encontrar los momentos para alimentar el libro que condensará una buena cantidad de las historias que fue cosechando a lo largo de más de seis décadas de trabajo.

Pepe se entusiasma con la idea y explica que necesita tiempo el mismo viernes en el que tendrá que coordinar los preparativos del show de La Konga, para más de ocho mil personas. Lo dice pocas horas después de completar la producción del concierto de Diego Torres en Metropolitano, al que califica como “una maravilla”. Y no es un elogio menor el de Grimolizzi, un productor respetado, con códigos de vieja escuela, que supo construir relaciones con algunos artistas que, junto a él, dieron sus primeros pasos en Rosario. La lista es extensa, pero destaca nombres que cobraron carácter de amistad: Susana Giménez, Jairo, Víctor Heredia. Cada artista dispara anécdotas que brotan con detalles precisos. Un libro espera por esas historias, que son parte de la historia cultural de la ciudad.

Una historia cultural que Pepe Grimolizzi comenzó a protagonizar casi por azar, guiado fundamentalmente por una actitud fraternal: su hermano menor, Héctor, comenzó a tocar el bandoneón en la Orquesta Juvenil que, en 1960, conducía Julián Chera. Y allí fue Pepe, como acompañante. Inquieto, comenzó a buscar espacios para que la agrupación brindara sus conciertos. “Me fui vinculando. Antes, cuando las orquestas cobraban sus honorarios, los músicos tenían que ir al Sindicato en calle Paraguay 727. Quienes éramos los productores depositábamos el dinero en el Sindicato, que después pagaba individualmente a cada músico. Eso me dio una gran relación con instituciones y gente que tenía que ver con los shows”, recuerda sobre aquellos tiempos en los que, siendo un veinteañero, encontró la forma de estar relacionado con el arte. Hasta entonces, dos años de estudio de piano, cuando todavía era un niño de escuela primaria, habían sido el primer y último intento con el asunto.

Con la experiencia acumulada como representante de la orquesta del menor de los hermanos Chera, en 1964

dio un nuevo paso trabajando para el productor Orlando Bolten, que formaba parte de la comisión directiva de Rosario Central. Poco después, Bolten se instaló en Buenos Aires y Grimolizzi encontró un nuevo compañero de ruta en Ercilio Gianserra, conductor de *Almorcemos juntos*, programa de Canal 5 al que llegó en representación, otra vez, de su hermano Héctor, quien entonces conformaba el grupo *Green Cats*: “Ahí lo conocí a Gianserra, con quien armamos una sociedad y en un momento decidimos hacer un programa de radio, *El club de la gente joven*, que arrancamos en noviembre del 68 en LT3. En enero pasamos a LT8 y fue un boom total. Íbamos de 16 a 18, era un magazine, participaban muchos profesionales. Tuvo una gran audiencia y a partir de eso decidimos hacer bailes”.

Aparece entonces un punto esencial en la historia de vida de Grimolizzi: el club *Servando Bayo* de barrio *Echesortu*, su lugar en la infancia, la institución barrial que su padre llegó a presidir y que también resultó ser una plataforma de crecimiento para su rol como productor: “Cuando comenzamos a hacer los bailes en *Servando Bayo* empezamos a buscar artistas. Pero tuvimos que pagar derecho de piso, porque no conseguíamos artistas de renombre. Entonces un día fui a Buenos Aires a ver a una persona que hacía relaciones públicas y nos contactó con artistas poco conocidos. Entre ellos, trajimos al último show que hizo con su nombre *Marito González: Jairo*”.

Esas celebraciones populares fueron un éxito. “Iban más de siete mil personas cada noche”, resume Grimolizzi, que poco después potenció la experiencia con la organización de los corsos de carnaval.

Con el espectáculo como estandarte, Pepe fue ampliando el terreno y a fines de 1976 fundó *Aureliano*, sala ubicada en un corazón de manzana con ingreso por calle *Sarmiento 754*, a la que bautizó en honor al coronel *Buendía de Cien años de soledad*. “Yo iba a tomar café a *Paco Tío* y antes en ese lugar había una confitería, que había cerrado. Me asocié con otras dos personas y armamos todo. Yo conocía a un diseñador que había hecho una confitería en *San Nicolás* para que viera el lugar, que tenía un pasillo de 35 metros, y queríamos evitar que la gente pasara y pensara que era nomás un pasillo, entonces pusieron exhibidores acompañando todo ese recorrido, todo muy iluminado, hasta que llegabas a la boletería. Hicimos una sala para trescientas personas en desnivel, y en el respaldo del escenario hicimos un jardín muy vistoso, muy lindo, que funcionaba como cámara. A los costados hicimos dos camarines rápidos y adelante había otros dos

camarines, la oficina administrativa y boletería, una gran cocina y empezaba la barra, que tenía como doce metros”.

Apadrinado por Víctor Heredia y Olga Zubarry, Aureliano recibió a artistas como Armando Manzanero, Los Cinco Latinos, Los Plateros. Eran, asegura Grimolizzi, otros tiempos: “Hace unos días, cuando terminó el espectáculo de Hernán Piquín fui a buscar el auto a la cochera y no había gente, autos, nada. En los años setenta imagínate que había una cantidad de autos mucho menor, pero no había lugar para estacionar de la cantidad de gente que había en el centro”.

En ese marco, Aureliano “fue un boom, una revolución”, pero solo pudo sostenerse hasta 1984: “Se habían ido los otros socios y ya perdía dinero, mientras que lo que hacía como productor era muy rentable”.

Para entonces Grimolizzi ya estaba asentado como empresario y su nombre trascendía a la ciudad. Así llegaron las convocatorias de músicos como Rubén Juárez, Jairo, Cacho Castaña, Cacho Tirao o Los Nocheros, a quienes acompañó en calidad de manager cuando fueron nominados “a esa maravilla que son los premios Grammy”. Luis Miguel presentando su exitoso disco de boleros en Rosario Central, Jorge Donn junto a Cipe Lincovsky, Alberto Cortés junto a Facundo Cabral, el reciente concierto de Diego Torres: Grimolizzi tiene su lista de espectáculos favoritos, pero teme olvidar alguno. “Debo ser el empresario que trabajó con más artistas, no solo en Rosario”, asegura.

Sin embargo, conoce las dos caras de la moneda. “Son más las cachetadas que los éxitos”, asegura, y apunta como un momento crítico el accidente automovilístico que lo alejó del trabajo durante un largo período: “La vida me hizo vivir un tiempo muy malo. Trajimos a Carmen Flores a Santa Fe, y fuimos con mi mujer. Yo era vicepresidente de Central, y al día siguiente del show había partido con River de Uruguay por la Copa Conmebol, y me había comprometido a estar temprano, entonces no me quise quedar a cenar en Santa Fe. A la vuelta, cuando cruzamos Barrancas, eran las once y veinte de la noche, puse la luz alta y vi algo en el pavimento, volanteé, el auto se bloqueó y dimos cuatro tumbos, sin cinturón de seguridad. Nos salvamos de casualidad. Estuve tres años y medio con muletas, me hicieron cinco cirugías. En ese momento estuve mucho tiempo sin hacer nada, no podía hacer producciones de la manera en que era necesaria, y tuve un desfase económico. Cuando vos vendés servicios, si querés estar en todo terminás perdiendo. Eso se

lo digo siempre a mi hijo Sergio: hay que armar equipos. Pero Dios me dio todo, porque cuando me recuperé empecé a trabajar de nuevo. Había quedado debiendo dinero a unas cuantas personas, pero todos me devolvieron la posibilidad de seguir trabajando y pude pagar todo”.

En el plano estrictamente profesional, también abundan los sinsabores. “Siempre son muchos los fracasos”, admite, y ejemplifica: “Con el Gato Barbieri esperábamos una gran convocatoria, en una coproducción que hicimos con el teatro El Círculo. Esperábamos un lleno total y no fueron ni doscientas personas. El Gato ya estaba consagrado, pero ese paso por Rosario, su ciudad, fue un fracaso. También trajimos a la Sinfónica de Moscú, con 110 profesores, la dirigía Veronika Dudárova, de muy alto nivel, imaginando una gran cantidad de público, pero no llegamos a completar media sala. Son tantos los nombres...”.

**-Se define al público rosarino como “exigente”. Una definición más ajustada sería que es impredecible. El ejemplo del Gato Barbieri es claro: ¿qué podría exigírsele a un músico como él?**

-Sí, coincido totalmente. Se ha hecho esa imagen de Rosario y su público exigente. Hay algo que ocurre también, que es triste para los que lo conocemos, aunque la gente no se dé cuenta porque no va a ver dos veces un mismo espectáculo: de alguna manera Rosario es un banco de pruebas, porque muchos elencos hacen su primera función en la ciudad. Espectáculos como los de Les Luthiers, que hacían la función, la grababan, después la analizaban y modificaban para las siguientes funciones. O Julio Bocca, que venía y probaba acá con público. El público de Rosario es importante, formado. Ahora vamos detrás de un éxito musical, en estos días aparece un éxito y en seis meses no se acuerda más nadie. Antes contratabas a Osvaldo Pugliese el 1º de enero, tocaba el 31 de diciembre y era lo mismo. Antes la gente que iba al teatro conocía. Lo mismo el público del ballet, de las orquestas sinfónicas, que conoce de verdad.

**-¿Rosario es una buena plaza para producir?**

-Excelente. Pero tenemos algunos problemas por falta de infraestructura. No tenemos un estadio o un espacio preparado específicamente. Mucho tiempo hicimos espectáculos en Newell’s y todos los comentarios eran que el sonido era realmente muy malo. Se sabía, porque no se preparó nunca para hacer espectáculos musicales. No te-



nemos la infraestructura que tienen Córdoba o Mendoza, y ni hablemos de Ciudad de Buenos Aires. Decididamente necesitamos un proyecto como el del Puerto de la Música, que hay que tratar de reponer. Es muy difícil trabajar en Rosario con propuestas muy importantes, porque tanto El Círculo como el Astengo tienen capacidad limitada. El Círculo puede sumar 1.300 personas, el Astengo tiene para 1.050. Necesitamos infraestructura.

**-¿La cercanía con Buenos Aires también pesa?**

-Claramente. Tenemos un problema: cuando en Buenos Aires se hace el anuncio de un espectáculo, la gente no sabe si ese mismo espectáculo va a venir a Rosario. Pero después de mucho tiempo logramos que cuando se anuncia Buenos Aires también se anuncie Rosario. Y no es solo para Rosario, sino para la zona de influencia. Pero si tuviéramos un espacio con capacidad para diez mil espectadores podríamos traer otros espectáculos. Además, el Puerto de la Música implicaba otras cosas, como en el Teatro Colón, con talleres de escenografía, de vestuario.

**-El Puerto de la Música era un proyecto estatal. ¿Es necesaria una mayor interacción entre el Estado y las productoras privadas?**

-Sí, hace falta. En Rosario se dio un vuelco con el impuesto municipal al acceso al público, que llegó a ser del ocho por ciento. Hace unos años se modificó con mucho criterio, porque se propuso eximir ese pago proponiendo grupos soportes de la ciudad. Eso generó una buena oportunidad, porque les dio posibilidades de actuar con

mucho público a artistas locales, y a nosotros reducir los gastos. Pero también pagamos treinta por ciento sobre los cachets de artistas internacionales... Tuvimos un mínimo reconocimiento de la Nación y la provincia durante la pandemia, nos ayudaron con el pago de empleados, de personal. Pasaron dos años muy difíciles, en los que también cambiaron muchas cosas, se modificaron el sistema de producción, de venta de tickets, muchas cosas.

**-¿Cuál es el mayor desafío de producir en Rosario?**

-Es una lucha permanente... Pero una de las cosas que dejó el tiempo de pandemia fue que pudimos conformar la Cámara de Productores de Espectáculos de la Provincia de Santa Fe, donde mi hijo Sergio es el presidente. Eso nos permite un diálogo con nuestra competencia. La mayoría somos conocidos, hasta amigos, y eso de alguna manera nos permite afrontar los grandes costos que tiene la producción de espectáculos grandes, porque podemos compartir el armado de un escenario, el alquiler de sillas, para de esa manera aliviar el costo fijo. Después la competencia entre las distintas productoras es permanente, cada uno trata de ofrecer lo mejor. Lo que siempre intenté, y le transmití a mi hijo, es que más que pensar en los costos hay que pensar en una buena producción, que el artista realmente se sienta bien, respetado. Maya Plisetskaya llegó un día al teatro El Círculo, y yo la esperaba en la puerta. Estaban trabajando en la fachada, entonces cuando la recibí le dije que tuviera cuidado, porque estaban pintando. Y ella me dijo: "Espero que los camerinos

estén realmente buenos, porque se piensa en el frente del teatro y no en el espacio de los artistas”. Eso me quedó siempre muy presente, y es realmente así: el artista viene a trabajar y necesita del confort que requiere estar arriba de un escenario. Siempre lo hice: lo más importante es el respeto al artista y el respeto al público, porque sin ellos es imposible producir.

**-Hablabas de competencia y desde muchas productoras se ha planteado que por momentos en Rosario el Estado se convirtió en una competencia más.**

-Sí, hubo momentos. Ahora está mucho más tranquilo. Hay momentos que preocupan, porque a lo mejor hacen una superproducción buscando un efecto publicitario, político, y nos están haciendo una competencia a nosotros que ponemos en juego dinero y trabajo. Yo creo que tiene que haber producciones liberadas, gratuitas, porque hay mucha gente que no tiene el dinero para ir a ver un espectáculo y que merece que la Intendencia o la Gobernación le brinden una oportunidad. Pero tiene que ser coherente, no tiene que ser competitivo. La gente que no puede pagar el valor de una entrada es la mayoría, entonces en momentos como los corsos, el Día de la Bandera, el Estado puede ofrecer esos grandes espectáculos. Por eso el armado de la Cámara es una de las cosas buenas que dejó la pandemia, porque ahora podemos ir a hablar en nombre de la Cámara, que abarca toda la provincia.

Pepe Grimolizzi alterna las anécdotas con destino de libro con la mirada puesta a futuro. Sabe que los tiempos cambian y es necesario mantener un equilibrio generacional. Entiende, también, que la competencia crece y que hay que aprender a crecer con ella. Pepe sigue recorriendo salas, acompañando a artistas, disfrutando de los espectáculos. Continúa, como desde hace más de sesenta años, sobrevolando todo aquello que conlleva la producción. “Nosotros más que productores somos coordinadores generales. Tercerizamos el trabajo de sonido, el hotel, la comida. Si cuando llegan al hotel no está lista la cama se quejan con nosotros, no con el conserje”, explica. Y, sin dudar, concluye: “Por todo eso, cuando en 2014 me dijeron que me iban a declarar empresario distinguido de la ciudad, pedí que lo pusieran de otra manera. Por todas esas personas anónimas que hicieron posible que yo trascendiera, por toda la gente que me ayudó, quise que aclararan que yo soy empresario artístico”.

## UNA EMPRESA DE FAMILIA



Iniciado en el rubro por seguir los pasos de su hermano músico, Pepe Grimolizzi también marcó el camino para que su hijo Sergio se convirtiera en parte de la productora familiar. Aun cuando esa situación fue, en principio, inesperada: “Cuando yo a mi viejo le pedía autorización para salir, o algo así, mi papá me decía: «Te doy todas las posibilidades que quieras, pero tenés que generarte lo que vas a gastar, y primero que todo tenés que pensar en tu casa». Eso se clavó en mí. Y para ser un hombre que trabaja en la noche, y más en un ambiente artístico, yo soy medio atípico, porque nunca consumí drogas, no fumo... Pero por el trabajo yo por ahí me iba muchos días, en mi trabajo siempre había mujeres. Entonces mi hijo Sergio odiaba mi trabajo. Y si bien nunca me lo dijo, quizás sintió que la madre estaba descuidada mientras yo por ahí estaba de gira. Entonces siempre me dijo que no le gustaba el trabajo. Después que hizo el servicio militar, estudió dos años de ciencias económicas y un día me dijo que no quería seguir. Le pregunté qué iba a hacer y me dijo que iba a trabajar conmigo”. Lejos de entusiasmarse con el cambio de opinión, Pepe buscó darle una vuelta al asunto: “Para mí era imposible decirle que no, pero busqué algún elemento para generarle incomodidad y que abandonara. Así que lo puse a vender tickets en peatonal Córdoba, en una disquería con los parlantes a todo volumen, cuatro horas a la mañana y cuatro a la tarde. Eso fue hará unos treinta años. Estuvo un año vendiendo entradas y no dejó. Se fue acercando cada vez más a lo que hacíamos. Hoy es el presidente de la Cámara de Productores de Espectáculos de la provincia. Y yo, como productor, no me arrepiento de nada”.

EL BUS TURÍSTICO RECORRE BARRIOS EMBLEMÁTICOS DE LA CIUDAD

# Una postal en veintiún paradas

Por **Sofía López King**  
Fotos **Sebastián Vargas**



Silvina Moreno conduce el City Tour Ros.

Siempre lo mismo. 40 kilómetros. 21 paradas. El centro, Malvinas, Lisandro de la Torre, Alberdi, Luis Agote, Pichincha, Parque, Abasto. Y, de nuevo, el centro. Siempre lo mismo, en loop. El Monumento a la Bandera, el río Paraná, el puente Rosario-Victoria, el reflejo

azul y blanco en las vidrieras comerciales del microcentro. Un mercado, dos museos, tres shoppings, varios parques. Siempre lo mismo. Tres recorridos diarios. Dos horas y cuarenta cada uno, ocho horas los tres. “Rosario siempre estuvo cerca”, canta Fito a modo de meta-

mensaje. Canta, también, la Trova, Fabián Gallardo y alguna que otra banda un tanto rocanrolera como Vilma Palma o Cielo Razzo. Una voz masculina intercala relatos, leyendas urbanas, fechas varias y curiosidades a medida que el paisaje va mutando. También sa-

luda, gentil, en la parada uno de Corrientes y Córdoba: Bienvenidos. Welcome. Bem-vindo. Los auriculares celestes, las ventanas panorámicas sin vidrios, las veinticuatro butacas y el toldo-techo corredizo. Siempre lo mismo. ¿Siempre lo mismo?

\*\*\*

La idea de materializarlos surgió de la empresa mayorista Welcome Rosario SA, un emprendimiento de Auckland Turismo que contó con el apoyo y la colaboración municipal, en especial del Etur: tres colectivos turísticos; una apuesta a (re)descubrir la ciudad en ciento sesenta minutos. Una audioguía pregrabada, paradas definidas y la opción de elegir, *a piacere*, redun-

dar en alguna y retomar el recorrido pasada una hora, o dos. El famoso *hop on-hop off* de las principales metrópolis, reversionado con tinte rosarigasino. La temporada estival del mes de enero, 2021 fue la elegida para rodar las calles por primera vez. Vacaciones, turismo, calor: un cóctel seductivo y prometedor. La mezcla de hoy es ligeramente distinta: diez grados, veredas crujientes, nubosidad constante. En el paisaje urbano resaltan accesorios varios: boinas, polainas, cuelleras, gorros. La calefacción está al máximo, aunque es prácticamente imperceptible en un vehículo que se enorgullece de sus aberturas sin mediaciones.

—Tengo una bufanda, ¿la querés? Es recalentita, era de mi papá.

La voz llega desde el asiento de conducir. La bufanda en cuestión es gris, de lana de alpaca. Abrigidísima, es cierto. El frío se escurre en un día que de otoñal tiene poco y nada. Son las once y cuarto de la mañana y soy la única pasajera arriba del City Tour Ros.

\*\*\*

Silvina Moreno tenía nueve años cuando descubrió su vocación de colectivera. En ese entonces viajaba con una amiga por el techo de su casa de Villa Gobernador Gálvez en un colectivo piloteado por una rueda de bicicleta herumbreada y fabricado a partir de cajones de vino hechos con alambre. Esa emoción inexplicable, que





pensó que llegada la adultez jamás podría llegar a sentir, fue la que reapareció a los cuarenta y ocho, cuando se subió por primera vez al colectivo de la Mixta en 2018.

—Es una sensación de grandeza y felicidad a la vez, como si manejar el colectivo fuera parte mía. Es una cosa rara, porque no sé si todos sentirán lo mismo. Es una pasión, te juro, como el fútbol para los argentinos.

Silvina se ríe con cierta picardía. Le brillan los ojos mientras enumera cada una de las cinco líneas de transporte urbano que manejó: 131, 132, 138, 139 y 141. Al City Tour Ros —dice— llegó a raíz de uno de sus otros trabajos: el de taxista. Cuenta que fue a cargar nafta a una estación de servicio que, por la zona, no frecuentaba. Hablando con el playero, él le dice que era chofer del colectivo turístico y que estaban buscando a alguna chica para sumar al equipo. Pasó currículum, carnet, todo. Quedó efectiva.

Pienso que su logro es, también, el logro de muchas y a la vez el de todas. A partir de luchas relativas a la paridad de género, ver una mujer al volante del transporte urbano dejó ya de ser algo esporádico. Dice Silvina que están contentas por eso. Que se está cumpliendo lo que les habían prometido, que cada vez hay más mujeres manejando camiones de limpieza, y también en el sistema Mi Bici Tu Bici. Mientras tanto siguen dando las luchas necesarias todos los días, cada una desde su lugar. Contra los insultos, contra las miradas de desaprobación, contra los comentarios descalificatorios. Su trinchera es el grupo

de WhatsApp: son 53 y se autodenominan *Colectivo de mujeres*.



El bus llama la atención. Se nota en las miradas, algunas inquisitivas, otras cómplices, unas pocas suspicaces, otras curiosas, acompañadas de una sonrisa y un saludo tímido. Me vienen a la mente Juarroz y su red de mirada, esa que, dice, mantiene unido al mundo y no lo deja caer. Percibo en el recorrido repetido una especie de tiempo-espacio diferente, donde todo es igual y al mismo tiempo no lo es. Conexiones fugaces se suceden como intersticios en un plan preestablecido, pero siempre trashumante. En una ciudad, muchas ciudades; en un viaje muchos viajes, como una mamushka-urbana que se reinventa en cada kilómetro recorrido. La permanencia está en quienes toman la calle y la hacen propia. Por avenida Belgrano y Laprida gritan un saludo entusiasta. Es el cuidacoches de la zona. Silvina responde, bocina mediante, sonrisa mediante. En Alberdi, frente a la Rambla Catalunya, uno de los pescadores gesticula con la mano. Otra vez la bocina como señal inequívoca de afecto. La ventana de la conductora se abre en Pueyrredón y Pellegrini para chocar el puño con un pibe de unos catorce años. Sonrisa blanquísima, gorra amarilla.

—¿Te acordás de mí?

—Sí, el del corazón. Un dulce.

Se refiere a que una vez, cuando frenó, él le dibujó un corazón en el vidrio. Fue con el *cosito* para limpiarlo y quedó bastante tiempo, huella difusa de un encuentro for-

tuito de la calle.

El barrio Inglés, por su parte, deja vislumbrar, cual ráfaga, una escena inesperada: un chef de punta en blanco, con su *toque blanche* bien calzado saluda, entusiasta, desde un carrito en la vereda. Silvina lo describe como “un personaje”. Ya le pidió, dice, que le haga propaganda con sus pasajeros. ¿El eslogan? Los mejores choripanes de todo Rosario. Me asalta la duda de si los contactos trascienden el bus. La respuesta es no: el vínculo es siempre así, ella desde ahí arriba, ellos desde abajo. Dice la conductora que no sabe los nombres, aún de las personas que saluda en cada parada, pero que adora a cada una por ser gente maravillosa. Dice, también, que algún día se va a tener que parar a preguntarles, cuando ande en el taxi, para ver si la reconocen. Porque no es lo mismo estar arriba que estar abajo. Taxis hay muchos, y son todos iguales. El bus es otra cosa.



—Maxi.

—¿Me escuchás? Está todo cortado acá, porque hay manifestaciones en la plaza López. Así que yo seguí por Belgrano y agarré la rotonda, agarro la Fluvial directamente.

—Gracias por avisarme. Yo estoy acá en el monumento al pucho.

—Bueno, estate atenta cuando vuelvas, te vas a encontrar con esto.

—Genial Maxi, gracias, nos vemos.

El intercambio se da en modo manos libres, el celular está suje-

to, firme, a la derecha del volante. Maxi, el otro conductor, maneja la segunda unidad, que transita el mismo recorrido a trece paradas de distancia. Silvina aclara que el monumento al pucho es el apodo de la Usina Sorrento, que así se le llamaba hace cuarenta años, cuando ella era chica. Comenta también que los viernes son un caos, que si no es por los cortes es por las escuelas. El microcentro le da la razón. Suenan perros, taladros, bocinas, llaves, gritos y rueditas de mochilas carrito. En Oroño y 3 de Febrero conversan dos zorros. Una chica en moto habla por celular mientras se calza el casco para arrancar. El casco es negro, la campera es negra, la cuellera también. Hablan por celular, también, en la puerta de una cochería, en lo que parece ser una fila larga de espera. Silvina prende la radio y sintoniza la FM Kiss, como siempre. Todavía falta un rato más para llegar.

\*\*\*

El final del recorrido es también el principio de otro nuevo. En Córdoba y Corrientes hay cuatro chicas esperando: Marcella, Isabella, Ana Carolina y María. Son del centro de San Pablo, Brasil; más precisamente de Piracicaba. Dos de ellas hablan un español casi perfecto, resultado de sus tres años viviendo en Rosario. Cuentan, sin embargo, que allá por el 2019, cuando ingresaron juntas a la carrera de medicina en la UNR, no podían parpadear ni una vez en la clase. Si lo hacían, perdían el hilo de la conversación. Los exámenes orales las forzaron a incorporar el

dialecto rioplatense al punto de dejar de entender el ibérico, que ahora evitan en las películas que miran. El *sheísmo* ya es cosa de todos los días. *Cashe. Plasha. Shuvia*. Del bus se enteraron gracias a Ana Carolina, su amiga que vino a visitarlas por un par de días antes de partir para la Patagonia. María, la suegra de Isabella, se prendió al recorrido a pesar del frío, que resolvió combatir al transformar su pashmina en pasamontañas. Silvina les da la bienvenida, cálida, y se para al frente para contarles los principales detalles. Parece un tour privado, y casi que lo es. Las cuatro se calzan los auriculares celestes y alternan entre los tres idiomas disponibles a medida que el vehículo avanza.

\*\*\*

Es sábado y el día sigue gris. Silvina viste la misma campera fucsia, los mismos pantalones blancos, los mismos mocasines negros, las mismas medias altas. La camiseta de algodón y la bufanda gris completan el uniforme antifrío. En la mochila sigue lo de siempre: el peine azul, los anteojos de sol estilo aviador, unas gomitas ácidas, un par de chupetines y el traje blanco. Al traje lo lleva para cubrirse cuando llueve en el trayecto de ida y vuelta al galpón. Es amplio, tipo mameluco: cubre el cuerpo entero, la cabeza y la mochila. Tarda media hora en moverse en moto desde su casa en zona centro a donde duerme el bus, zona noroeste. Previo a salir se toma unos mates y prepara el almuerzo del día que es, casi siempre, una manzana. Antes, hace un año, comía de todo. Aho-

ra, con la celiaquía confirmada, come lo que encuentra sin Tacc en lugares-hallazgo como el kiosco de Corrientes y Montevideo o el Mercado del Patio.

Los días no fueron siempre así. Cuando vivía en San Lorenzo trabajó por veintitrés años en una farmacia. Atendía, ponía inyecciones, tomaba la presión, monitoreaba el colesterol, medía la glucemia. En otras épocas su oficina era el salón de clases. Pero aunque estudió tres años del profesorado de biología, no lo terminó. Dice que dejó porque pensaba que no servía para enseñar. Ahora, recién recibida de *personal trainer* y dictando clases personalizadas de gimnasia dos veces por semana, piensa distinto. El presente es multifacético. Intercala el volante del colectivo con el del taxi, la docencia de entrenamiento con el trabajo en las tareas de la casa y, también, con la maternidad de su hijo de trece años. Él sueña, como ella a su edad, con manejar un colectivo.

\*\*\*

En la parada de La Fluvial se sube una chica de treintipico. También una pareja de arriba de cincuenta que discute cómo se hace para sacar, por el teléfono, el boleto que no pagaron con anticipación. En el Museo Macro suben dos amigas, ambas con barbijo, ambas sin sonrisa. Los sábados el bus se llena más, había dicho Silvina. Es cierto.

Florencia suele viajar sola, no es la primera vez. En general son viajes cortos, escapadas para salir de Lanús y cambiar un poco de



aire. En todas elige subirse a los buses turísticos para guardar en la retina un pantallazo de la ciudad. Es militante acérrima del viajar con una misma. La mejor parte, dice, es que te obliga a socializar, a comunicarte, a conocer otras historias de vida, otros lugares, otras costumbres. Andrea y Daniel, en cambio, eligen viajar de a dos.

—Festejamos treinta años de casados, durante este año. Es en diciembre, pero ya empiezan los festejos adelantados.

Daniel la mira a ella mientras habla, cómplice. Un rato después va a bailar al ritmo de la música de la audioguía para hacerla reír. Es la primera vez que visitan Rosario, y dicen que les llama la atención la buena manutención de los edificios

históricos, cosa que en el conurbano bonaerense donde viven, no pasa. Prefieren conocer desde arriba del bus porque, si van en auto, quien maneja no ve nada. Marisa y Marisol viven allá, también. Hace cuatro años que dejaron atrás su Colombia natal para estudiar y trabajar en Argentina. Vinieron juntas, con dieciocho años de amistad en la mochila y un gusto compartido por viajar los *findes*, por ahí cerca y sobre ruedas.

\*\*\*

—¡Estás congelada!

El gesto acompaña el grito en Carballo y Avellaneda. No creo ser la única, aunque el resto lo disimula bien: el viejo recurso

del vestido en capas. Abajo, unos kilómetros después, alguien hace burbujas para entretener a los autos en Italia y Pellegrini. Una chica rubia con colita alta juega con su Border Collie en una plaza de barrio Martín. Dos adolescentes se besan en la peatonal Córdoba. Motoqueros se reúnen en un bar de la costanera. Son como quince, todos de traje negro, con los cascos sobre la mesa. En el barrio Inglés el chef no está. Tampoco las mochilas carrito en el centro, ni el corte de calle en la plaza López. La ciudad es un continuo devenir, leí una vez. Lo dijo Renzo Piano, un arquitecto italiano en alguna de sus conferencias. Pienso que Gilles Deleuze estaría de acuerdo. Pienso que yo también lo estoy.

# Un programa que rompe los cocos, una serie sobre donar sangre y un disco de grandes canciones

Por Juan Aguzzi

## ROMPIENDO LOS COCOS / RADIO



Un programa radial con contenido político y con todos aquellos sucesos y acciones vinculados a los hechos que conforman el devenir social y el

juego de intereses e ideologías que lo traman, debe contar con mucho más que la información, el dato preciso o la entrevista pertinente. Debe tener clima (¡sin que importe el meteorológico del exterior!), fidelidad a principios de veracidad en la información y una intención de poner en escena ciertas discusiones o debates, sin que necesariamente tengan que darse en el ámbito del programa mismo, pero que permiten continuarla por otros medios. Programas radiales así no abundan en el éter rosarino, aunque hay algunos que persiguen intenciones parecidas. Uno de ellos es Rompiendo los Cocos, un envío conducido por el histórico periodista Coco López, quien fue su creador ocho años atrás, y por el también periodista y politólogo Diego Añaños y la periodista y conductora Analía Provensal. El programa está planteado como un radar en funcionamiento que va tomando los temas más urgentes de interés local, nacional e internacional, los que resultan insoslayables y marcan una pauta sobre el estado de cosas en la coyuntura. En cada emisión de Rompiendo los Cocos hay uno o más entrevistados que son referentes cruciales para los temas tratados, como –y solo en términos de ejemplo–, el periodista y diputado Carlos del Frade en los asuntos candentes de la quiebra fraudulenta de Vicentín y las líneas de contrabando dispuestas en la llamada Hidrovía; o el dirigente sindical docente de Amsafe Gustavo Terés, dando cuenta de la situación de la docencia rosarina y santafesina de la escuela pública. Hay también corresponsales, como una periodista argentina radicada en Estados Unidos que comenta sobre algunas de las cuestiones más urticantes de aquel país,

como fue el asesinato del afroamericano George Floyd y los disturbios y represión posteriores. Y cada uno de ellos –además del entrevistado– tiene también el carácter de interlocutor porque se produce un ida y vuelta con preguntas que representan un modo de ver las cosas de los conductores, ya que no solo sacan al aire figuras públicas con las que los oyentes tienen empatía, sino algunos que son cuestionados por su posición tomada, lo cual redundará en una credibilidad indispensable para el desarrollo de propuestas de este tipo. Y todo tiene lugar en un tono ameno y distendido con buenas cortinas musicales que van desde Buena Vista Social Club a Rubén Rada, desde Horacio Molina al Miles Davis Quintet, lo cual hace que resulte placentero que los integrantes del programa estén “Rompiendo los Cocos”. Puede escucharse de lunes a viernes a las 18 por Radio Universidad.

## #CUENTAGOTAS / MINISERIE WEB

#Cuenta-Gotas es una original miniserie de seis capítulos, de nueve minutos cada uno, sobre lo que



significa donar sangre, algo que tal vez para muchos no revista la crucial importancia que tiene. Producida por el Instituto de Hemoterapia Nora Etchenique de la provincia de Buenos Aires y el Estudio Liquidambar, la miniserie pone el foco en aquellas personas que necesitan de una transfusión para vivir –que a veces se traduce en una cifra de cuarenta por día– y en las que de modo voluntario y generoso acceden a donar sangre, con la particularidad de que en esta situación solo se depende de la solidaridad de otro. A través de una edición ágil y precisa, los seis capítulos de la serie documental dan cuenta de ese entramado de necesidad y compromiso, donde hablan

los que llegaron a buen término luego de sucesivas transfusiones y aquellos que entendieron que el gesto de donar era lo más representativo de su humanidad y una posibilidad de ayuda concreta. También, claro, el personal de los equipos de salud que hace lo imposible porque el “precioso líquido” nunca falte, y entonces son ellos quienes en algunos de los capítulos toman la palabra, es decir médicos y médicas, enfermeras y enfermeros, técnicos en hemoterapia cuentan sobre los procesos de extracción y transfusión de sangre y lo esencial que resulta para el tratamiento de graves enfermedades. Así, en un capítulo puede verse a una joven recibiendo un diagnóstico inesperado, contando los momentos de zozobra y luego recuperándose hasta su comprometido presente en la ayuda a los que estuvieron como ella; en otro se habla de la experiencia del plasma Covid, que resultó un paliativo para algunos casos graves de quienes contrajeron el virus. Es interesante la descripción de su funcionamiento para un recurso que encontró oposición por su desconocimiento; también se verá a otra mujer que ante una pérdida familiar encuentra en la promoción de la donación de sangre una forma de mitigar su dolor; luego se verá cómo otra joven encuentra una profesión mientras buscaba su identidad. Como técnica en hemoterapia señala su pasión por ayudar a la gente. El último episodio cuenta la historia de un donante voluntario y habitual de sangre y plaquetas desde hace más de cuarenta y cinco años. Se trata de un caso atípico y admirable y es conmovedor escuchar porque ese acto significa una de las acciones indispensables de su existencia. Por eso #CuentaGotas, que puede verse en la plataforma Contar y en la plataforma YouTube de canal Encuentro, resulta una propuesta tan atípica como aleccionadora.

## SUDACA / HÉCTOR “PICHI” DE BENEDICTIS / DISCOS

Ritmo y armonía parecen ser dos banderas que el cantautor Héctor Pichi De Benedictis flamea con suficiencia por entre los temas de su reciente Sudaca, un disco que elabora rítmicas diversas para alcanzar una esencia —una síntesis— de la canción pura, sin ambages, sin cálculo, dejándola ir solamente por el cauce de sus acordes y frases. El guitarrista y cantante surca un río de sonidos donde incluye el rock, la canción rioplatense y ribereña, el folclore, la milonga, sutiles y efectivos samples y programaciones, es decir música popular urbana y navegante (una denominación que abarcaría tanto un devenir como una deriva), con una interpretación vocal sin estridencias pero ajustada a una genealogía compositiva; como si en Suda-

ca la idea hubiese sido depurar la canción en pos del verso (la palabra) y el motivo melódico justos. Es apropiado decir que hubo una exquisita sintonía con los colaboradores autorales y musicales; con Jorge Fandermole en coautoría en la poderosa Danza de los camalotes, a la que el acordeón de Chango Spasiuk abraza lúdicamente mientras Franco Mascotti sube la apuesta en tono rockero (notable la trama con sintetizadores en varios temas del disco) sobre la huella de unos originales samples y una percusión contenedora y paseandera de Silvio Astier. Lo mismo ocurre con Claudio Cardone en la preciosista caden-



cia de la spinettea y de aire brasuca. Navegantes de agua dulce. En la lírica de las canciones, De Benedictis ejerce un juego dialéctico desplegando certeras

imágenes “...La luna de Montevideo dividiendo los techos del cielo...”, dice en la romántica y emotiva La luna en Montevideo, como si buscara plasmar la fidelidad de una mirada hacia determinados fenómenos, casi siempre aquellos surgidos de un mestizaje entre lo bucólico y simbólico. “...Nunca habrá un orden distinto ni otro cauce para el río, nunca tendrá el laberinto, otro fin que el del extravío... pero lo duro se quiebra y siempre el agua se desvía, cualquier laberinto muestra un hilo hacia la salida” canta De Benedictis describiendo detalles como un orfebre en la encantadoramente simple Siempre que te digan nunca, el track que abre el disco. De este modo, el dispositivo narrativo de De Benedictis cumple una función determinada en las canciones, pero a la vez las impregna de vastas posibilidades imaginativas para quien escucha a partir de las expresivas líneas de guitarras y bajo, teclados, una bata, que permean los sentimientos en un proceso fértil y placentero. A Sudaca lo conforman esas músicas que se siguen escuchando luego de apagado el dispositivo, como la hojarasca que persiste remolona una vez acabada la provocación del viento. Ahí parece residir el secreto de Sudaca, en ese despliegue de texturas y timbres sosteniendo la vital elegancia de una poética —de la cadena de acontecimientos que describe—, deudora de un cancionero regional del que, desde hace tiempo, Pichi De Benedictis es uno de sus emergentes y una genuina expresión. Editado por Acqua Records.



Historia del transporte público de Rosario (1850-2010)

# La madre perdida

Por **Sebastián Riestra**

Cuando la ciudad  
aún parecía una ciudad  
la gente  
se encontraba en los bares  
y se miraba entre sí, y no  
una pequeña pantalla. Cuando  
la ciudad  
aún recordaba a una ciudad  
los ómnibus surcaban sus calles  
y aquellos ómnibus  
—de todos colores— llevaban  
a los estudiantes  
y los trasnochadores, a los trabaja-  
dores  
y los borrachos. Cuando la ciudad

creía aún en sí misma  
las librerías  
surgían como hongos  
y los cines cerraban  
de madrugada. Pero aquella  
ciudad, como la primavera  
del 83 (y también  
la del 73), pasó. Y ahora, la vieja  
hoguera  
de la esperanza  
ya no logra iluminarnos. Andamos  
perdidos  
por las mismas veredas  
que una vez nos vieron caminar  
confiados. Parecemos

huérfanos, y acaso lo seamos.  
Huérfanos del amor  
y la revolución, y también  
de la ciudad. Madre perdida,  
¿nacerás nuevamente? ¿Volverás  
a entibiar  
nuestro pecho? ¿Nos darás  
bares, cines, librerías,  
amor? ¿Te escaparás  
de la cárcel del pasado, dejarás  
de ser memoria  
para convertirte en mundo  
otra vez, llena de luz y libertad  
para nosotros?

# MÁS MÁS MÁS BILLETERA

CUIDAMOS EL BOLSILLO DE LA FAMILIA SANTAFESINA

UN PROGRAMA DE  
**Santa Fe**  
Provincia



**Billetera  
Santa Fe**



**Banco Santa Fe**



**PlusPagos**

Más información sobre comercios adheridos, modalidad de reintegro, bases y condiciones en [www.santafe.gov.ar/billeterasantafe](http://www.santafe.gov.ar/billeterasantafe)

NOVEDAD

## **Archivo Piazzolla** de Carlos Kuri

ARCHIVO  
PIAZZOLLA  
PIAZZOLLA  
ARCHIVE

CARLOS KURI

Un recorrido único  
por la vida y obra de  
**Astor Piazzolla**

>> Disponible en nuestra web  
[unreditora.unr.edu.ar](http://unreditora.unr.edu.ar)



**UNR**  
EDITORIA